

El Renacimiento

Periódico literario.

(w) México: Ignacio Manuel Altamirano y Gonzalo A. Esteva, 1869.

T. 1; 520 p.

T. 2; 291 p.

(Imp. de F. Díaz de León y Santiago White).

il.; 28 x 19 cm. Mapas e índices.

Publicación semanal, aparecía los domingos. Existe una edición similar con presentación de Huberto Batis. Aunque no se consignan fechas ni numeración, gracias a que aparece un número en la parte inferior de algunas páginas, se pudo determinar que el primer tomo contiene las entregas 1 a 35, y el segundo, de la 36 a la 53. Por las fechas asentadas en la sección Crónica de la semana, que publicaba Ignacio Manuel Altamirano, y en otros textos, se puede suponer que el tomo 1 salió a la luz entre enero y agosto de 1869, y el tomo 2, entre septiembre y diciembre. Cada entrega consta de 16 páginas (excepto los cuadernos 5-6, 8-9, 11, 14-17 y 19-21, que tienen 12), impresas a 2 columnas. Como material complementario presenta índices generales, mapas y litografías de Iriarte, Salazar y Debray. Se publicó un folletín que contenía la novela de Justo Sierra *El Ángel del porvenir*, que apareció a partir del número 5, y en este mismo se anunció que "para hacer compatible la encuadernación separada de ella y la impresión de los demás pliegos del periódico, debemos advertir que hemos dispuesto que el pliego de la novela vaya en medio del cuaderno, de modo que pueda ser desprendido (pues no lleva costura) para que se compagine aparte". Justo Sierra jamás concluyó su novela, por lo que se suspendió su publicación en el periódico. La colección de la Hemeroteca Nacional no conserva este folletín.

La dirección de la imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White era calle Segunda de la Monterilla número 12.

En el tomo 1, Ignacio Manuel Altamirano y Gonzalo A. Esteva aparecen como editores, e Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Peredo y Justo Sierra como responsables de la redacción; en la portada del tomo 2, Díaz de León y White se presentan como editores, Altamirano como redactor en jefe, y se integran al equipo de redacción Gonzalo A. Esteva, Manuel Orozco y Berra (que pertenecía al grupo desde el tomo 1, según señalaba Altamirano en su tercera Crónica de la semana) y Francisco Pimentel. El periódico publicó una larga lista de colaboradores; en la portada del primer tomo se encuentran: Isabel Prieto de Landázuri, Gertrudis Tenorio Zavala, Casimiro Collado, Manuel Payno, Manuel María de Zamacona, Luis Gonzaga Ortiz, Vicente Riva Palacio, P. Ignacio M. Montes de Oca, Anselmo de la Portilla, Alfredo Chavero, José María Bandera, José Rosas, Luis Ponce, Aniceto Ortega, Pedro Santacilia, Ricardo Ituarte, Juan Clemente Zenea, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Ramírez, Julián Montiel, Hilarión Frías y Soto, Francisco Villalobos, Emilio Rey, Joaquín M. Alcalde, Joaquín Téllez, José de Jesús Cuevas, Gustavo Goddawa de Gostkowski, Jesús Alfaro, José María Rodríguez y Cos, Luis G. Pastor, Rafael González Páez, Juan A. Mateos, Manuel López Meoqui, Esteban González, Martín F. de Jáuregui, Roberto A. Esteva, Pedro Landázuri, Feliciano Marín, Juan P. de los Ríos, Joaquín Arróniz (hijo), Niceto de Zamacois, Eligio Ancona, Anastasio Zerecero, Joaquín Baranda, Guillermo A. Esteva, José Fernández, Crescencio Carrillo, Olegario Molina, Manuel de Olaguíbel, Antonio G. Pérez, José Tomás de Cuéllar, Santiago Sierra, Rafael de Zayas Enríquez, Francisco Sosa, Eduardo Ruiz, José María Vigil, Manuel Sánchez Facio, Alfonso Lancaster Jones, Manuel Sánchez Mármol, León A. Torres, Gabino Ortiz y A. M. de Rivera. La

lista de colaboradores del segundo tomo está conformada por: Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia Castellanos, Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, Manuela L. Verna, María del Pilar Moreno, Casimiro Collado, Oloardo Hassey, Anselmo de la Portilla, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, Manuel María de Zamacona, José Tomás de Cuéllar, Luis G. Ortiz, P. Ignacio M. Montes de Oca, Alfredo Chavero, J. Rafael de Castro, José Rivera y Río, José María Bandera, José Rosas, Luis Ponce, Aniceto Ortega, Pedro Santacilia, Ricardo Ituarte, José Peón Contreras, Enrique de Olavarría, Esteban G. Verástegui, Julián Montiel, Hilarión Frías y Soto, Francisco Villalobos, Emilio Rey, Joaquín M. Alcalde, Joaquín Téllez, José de J. Cuevas, Gustavo Gosdawa, Luis G. Pastor, Juan A. Mateos, Manuel López Meoqui, Carlos de Gagern, Martín F. Jáuregui, Pedro Landázuri, Feliciano Marín, Joaquín Arróniz (hijo), Niceto de Zamacois, Rafael de Zayas, Manuel Díaz Mirón, Antonio F. Portilla, Alfredo Torroella, Guillermo A. Esteva, Manuel de Olaguíbel, Antonio G. Pérez, Juan Clemente Zenea, Santiago Sierra, Francisco Sosa, Ignacio Cornejo, José Joaquín Arriaga, Antonio Domínguez Salazar, Manuel Acuña, Javier Santa María, Eduardo Ruiz, Manuel Sánchez Facio, Manuel Sánchez Mármol, León A. Torre, Gabino Ortiz, A. M. de Rivera, José María del Castillo Velasco, Antonio García Cubas, Manuel Flores, Valentín Uhink y Manuel G. Prieto. Sin embargo, no todos los mencionados colaboraron en la revista, tal es el caso de Esther Tapia Castellanos, María del Pilar Moreno, Casimiro Collado, Manuel Payno, Rafael de Castro, José Rivera y Río, Aniceto Ortega, Ricardo Ituarte, Hilarión Frías y Soto, Francisco Villalobos, Joaquín M. Alcalde, Joaquín Téllez, Manuel López Meoqui, Carlos de Gagern, Feliciano Marín, Niceto de Zamacois, Manuel Díaz Mirón, José Joaquín Arriaga, Antonio Domínguez Salazar, Manuel Sánchez Facio, Manuel Sánchez Mármol, León A. Torre, Gabino Ortiz, José María del Castillo Velasco, Antonio García Cubas, Manuel Flores y Valentín Uhink. Algunos escritores firmaban con seudónimos o iniciales, como: Ignacio Ramírez ("El Nigromante"), José Tomás de Cuéllar ("Facundo" o "F. "), Manuel Gutiérrez Nájera ("Nemo"), Ignacio Montes de Oca y Obregón ("Ipando Acaico"), José María Bandera (J. M. B. o J. M.), Luis Gonzaga Ortiz (L. G. O., Luis Gonzaga o "Heberto "), Roberto A. Esteva (R.), Ignacio Manuel Altamirano (I. M. A o "M."), Guillermo Prieto ("Fidel"), Pedro Santacilia (P. S.), Alfredo Chavero (A. C.), Manuel M. Alva (A. M. M. o M. A. M.) Y Vicente Riva Palacio ("Leporello"). El Renacimiento es una de las publicaciones más importantes del siglo XIX; su relevancia cultural se relaciona con el amplio repertorio de ideas -expresadas en poesías, ensayos, crónicas y reseñas- que presenta en cada entrega, y su significación histórica estriba en lo que Justo Sierra llamó la "emancipación paulatina" de lo europeo. A pesar de que formalmente Altamirano fungió como director sólo por medio año, tuvo a bien vender la revista a los impresores Díaz de León y White sin dejar de cumplir con las tareas que venía realizando desde la primera mitad de 1869. Un año antes de la aparición de *El Renacimiento*, Altamirano decidió fundar las Veladas Literarias tras haber escuchado, junto con Ramírez y Prieto, una pieza teatral de Enrique de Olavarría. Éste es el antecedente directo y el punto de encuentro de las nuevas voces mexicanas que tanto influyeron en las generaciones siguientes; Justo Sierra, apenas en sus veinte años, aparece en ambos tomos como redactor; Manuel Acuña, estudiante de primer ingreso en la Escuela de Medicina, fue un asiduo colaborador a partir del segundo tomo de este periódico literario. Tras la conclusión de las Veladas Literarias, que se habían convertido ya en simples festines, estos jóvenes emprendedores, bajo la iniciativa de Altamirano, se dieron a la tarea de crear un órgano serio, organizado y comprometido con las letras: la fundación de un periódico en el que se reunirían textos de carácter literario sin importar ideologías políticas ni clases sociales. Así, el 2 de enero de 1869 apareció la primera entrega de *El Renacimiento*, título que declaraba las intenciones de la publicación: hacer renacer de las cenizas dejadas por el fuego de la guerra el canto del Ave Fénix que la incertidumbre política

había hecho enmudecer. Hesiquio Iriarte, principal hacedor de litografías para la periódica, ideó para la portada del primer número un grabado en el que puede apreciarse, entre otros elementos, precisamente al Ave Fénix renaciendo de sus cenizas, como símbolo del renacimiento de la nación mexicana y su literatura. En la Introducción al tomo 1, Altamirano lamenta que en los últimos cuatro años de la guerra se hayan producido tan pocos trabajos literarios, con excepción de algunos honrosos casos, que no se refieren a todos los ramos de la literatura cita algunos ejemplos de trabajos históricos, y destaca que sus autores se hayan consagrado a ellos, a pesar de la convulsión del país. En este sentido, declara lo siguiente: "Con el objeto, pues, de que haya en la capital de la República un órgano de estos trabajos [literarios], un foco de entusiasmo y de animación para la juventud estudiosa de México, hemos fundado este periódico. La misma familia literaria que estableció las primeras reuniones el año pasado, es la que viene hoy a patrocinar y a plantar este joven árbol, que no arraigará sino con la protección generosa de nuestros compatriotas que no pueden ver con indiferencia los adelantos de su país. Lo esperamos llenos de confianza en el porvenir, y no omitiremos medio alguno para ponernos a la altura de la misión que nos hemos propuesto desempeñar, supliendo nuestra falta de inteligencia con nuestros esfuerzos y buena voluntad [...] Mezclando lo útil con lo dulce, según la recomendación del poeta, daremos en cada entrega artículos históricos, biográficos, descripciones de nuestro país, estudios históricos y morales". Los escritores mexicanos abandonaron las armas de fuego para volver al tintero y revivir en papel la literatura tan lastimada por el olvido., La creación de este periódico fue un llamado a todos los hijos de la patria común para que unieran sus voces, sin importar tono o dialecto, en una sola voz mexicana. Reunió a su alrededor los pensamientos e ideologías más dispares, con el fin de que el pueblo mexicano se diera a conocer por lo que es y por lo que vale. Con este órgano se declaraba la independencia cultural de México: no más servir a modelos extranjeros que limitaban e impedían la autonomía de los escritores mexicanos. La revista fue bien acogida por su imparcialidad y anuencia. No tenía una tendencia definida, fuera de aquella que llevaba a estos jóvenes a la "búsqueda entusiasta de lo bello y su fe en el porvenir". No se percibe en su contenido ninguna colaboración interesada ni tampoco un compromiso -ni siquiera una sugerencia- con la "contienda opositora", como la llama Huberto Batis. El fin último de esta creación es la amenidad, utilidad y belleza. El carácter de la revista es "literario cultural, miscelánea y didáctica", como señala Batis. En un principio, solamente dos secciones estaban definidas como tales: la Crónica de la semana y la Revista de teatros, esta última a cargo del crítico Manuel Peredo. Al poco tiempo de iniciada la revista se añadieron el Boletín bibliográfico -donde se dan a conocer los títulos de los libros recientemente publicados- y Apuntes biográficos, con textos que se dedican a autores destacados de la literatura nacional y extranjera. En lo que se refiere a ficción, poesía o tratados de historia, no se encuentra un orden definido; por lo general estos textos están intercalados con el resto de las producciones. Destacan en la poesía las traducciones -como el poema Mazeppa de Byron, por Roa Bárcena-, al igual que la publicación de poemas escritos por mujeres: melancólicas poesías de Manuela L. Verna, rimas frías pero conmovedoras de Rita Cetina Gutiérrez, y por supuesto los versos nostálgicos de Isabel Prieto de Landázuri, asidua colaboradora desde el primer tomo de la revista. Entre los escritos de ficción, predominan los que denuncian los males sociales y la problemática nacional. Se ofrecía a los lectores la reedición de "novelas de autores mexicanos": Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos, José María Roa Bárcena y Gonzalo A. Esteva. Los tratados de historia y arqueología se orientaban hacia la lucha por la creación de una conciencia cívica nacionalista, tan buscada por Altamirano. Estos textos fueron publicados con el deseo de descubrir en los monumentos y vestigios de nuestra cultura un indicio de la identidad nacional; en este ámbito destacan los escritos de José Tomás de Cuéllar, Alfredo Chavero,

Edmundo Guillemin y Eduardo Ruiz. La revista se encargó también de difundir la literatura dramática por medio de la publicación de obras como las de Pedro Landázuri o Emilio Rey. Los textos sobre música se encargaron de destacar el trabajo de los talentosos artistas mexicanos, promoviendo sus obras y presentaciones; un ejemplo de ello fue la ópera *Ildegonda*, de Melesio Morales, a quien se hace referencia en varios números del periódico. Con gran empeño intentó Altamirano educar el oído del mexicano, aunque en vano, pues no pudo apartarlo del can-cán y la zarzuela. No obstante las brillantes críticas de Manuel Peredo, tampoco logró guiar a sus lectores hacia lo que consideraba teatro de "buen gusto", por ejemplo, las actuaciones de la inigualable actriz italiana Carolina Civili. De nuevo, fue derrotado por el can-cán y la zarzuela. Destacaron las litografías de Hesiquio Iriarte, que por lo general se relacionaban con el artículo que precedían. Antes de alguna biografía había una litografía del escritor correspondiente: Dickens, Vidal Alcocer, Melesio Morales, etcétera. O si el artículo trataba sobre algún monumento o lugar de la ciudad, Iriarte desplegaba su talento al copiarlo en un grabado: la vista de Jalapa, el Volcán de Colima o la Cascada de Tizapán, por mencionar sólo algunas obras suyas. Otros colaboradores gráficos fueron Salazar, Lara y Debray. Parte esencial de la revista fue la Crónica de la semana, publicada al principio de cada número y escrita por Altamirano. En esta sección se recogen las costumbres, ideas y sentimientos de la nación, así como crónicas sobre bailes, festines, celebraciones, fundación de sociedades, obras de teatro, conciertos, decesos o aparición de publicaciones. Éstas son para la historia, retratos de la época, casi pinturas hechas bajo el pincel y la mirada de Altamirano, quien utilizó el color de los rostros, la moda, la ciudad, los bailes, los nuevos libros y las nuevas tendencias para dar vida a sus cuadros casi costumbristas. En *El Renacimiento* se publica por primera vez Clemencia, una de las novelas más importantes de Altamirano. Aparece también el primero y único intento de Justo Sierra por escribir una novela; de acuerdo con Batis, sin ser Sierra consultado, se anunció en la revista la publicación por entregas de una novela suya. Batis distingue poca coherencia en ella; las entregas, señala, parecen más bien descripciones de lugares y personas. La novela no es concluida y deja de aparecer. Tras haber cumplido con sus propósitos, la revista suspende su publicación, dejando su influencia en varias periódicas de carácter literario, que surgieron no sólo en la capital sino también en algunos estados de la República: Las Violetas (Veracruz), la Revista de Mérida, La Ilustración potosina y El Álbum literario (León, Guanajuato). De gran importancia fue la labor de Altamirano al dar cabida a la voz femenina, además de aliento y promoción: Las Violetas es una revista hecha por poetisas como Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, María del Carmen Cortés, Manuela L. Verna, Constanza Vereza y Luisa Gil. En el último número del periódico, en vez de la Crónica de la semana, se publica una despedida en la que Altamirano expresa el gozo que lo llena al ver a los escritores mexicanos de regreso en sus mesas de trabajo. Pocos artículos aparecen en esta entrega final, pues cede el espacio a la publicación de los últimos capítulos de Clemencia que, según Altamirano, los señores Díaz de León y White no "quisieron que se quedara trunca para nuestros suscritores". La revista termina junto con el año 5, también con la muerte de Francisco Zarco, gran amigo y consejero de *El Renacimiento*. Altamirano deja en claro sus futuras ambiciones: dirigir una nueva publicación de carácter filosófico y literario. Tiempo después, en 1894, Enrique de Olavarría convocaba a los discípulos restantes de Altamirano para revivir *El Renacimiento* en homenaje a su maestro y llenar el hueco que su muerte dejaba en el desarrollo de las letras mexicanas. A esta convocatoria respondieron escritores como Prieto, Riva Palacio, Santacilia, Zayas, Tapia, Vigil, Collado, Chavero y Peza, entre otros. Nuevos escritores como Ángel de Campo, Rafael Delgado, Salvador Díaz Mirón, Joaquín Arcadio Pagaza, Luis G. Urbina y Manuel Gutiérrez Nájera se unieron a la empresa. Esta segunda época de *El Renacimiento* duró solamente el primer semestre de 1894 (7

ene. - 24 jun.), con ella se cierra el segundo romanticismo y se abre paso a la Revista Azul y al modernismo mexicano. De acuerdo con las obras consultadas, *El Renacimiento* plantó la semilla del conocimiento y el trabajo en los nuevos escritores.

M.

Altamirano Obras, t. 2, 3, v.p.

Bermúdez, María Teresa. "Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857- 1876". En *HistLectura*, p. 138, 139.

Bravo Periodistas, p. 66, 67.

Cano 5OHN, p. 54. Castillo Renacimiento, v.p.

Charno Latin, p. 405.

González Fuentes, p. xxxvii.

Novo 450, p. 213-214.

Ortiz Historia, p. 176.

Porrúa Dicc, t. 3, p. 2439.

Rodríguez Arte, t. 2, p. 132, 133-134.

Ross Fuen, t. 1, p. xxi.

Ruiz CatSeud, v.p.

Ruiz índice, p. 60.

Ruiz PPP, p. 109.

Spell Lite, p. 284-285.

Velasco Periodismo, p. 102-104.

Velásquez CatCol, t. 2, p. 499.

aec/lgs